

I

El ascensor bajaba hasta el garaje. Cuando paró, Mauro empujó la puerta y, en el momento de salir, un fuerte golpe en pleno rostro lo mandó otra vez para dentro de la cabina del ascensor hasta chocar violentamente con la espalda en la pared metálica del fondo. El intenso dolor le hizo cerrar los ojos e inmediatamente sintió que alguien lo cogía por las solapas y lo arrastraba hacia fuera. Al mismo tiempo notó el contacto de un objeto frío debajo de su barbilla y abrió los ojos. Un cuchillo que serviría eficazmente para cortar la cabeza de un becerro de un solo tajo, sostenido por un hombre que le pareció conocido, se apoyaba en su cuello.

El hombre tiró de él para separarlo de la puerta y lo empujó contra la pared. Acercó mucho su rostro al del muchacho, soltándole una bocanada de aliento que apestaba a aguardiente, y aumentó ligeramente la presión del cuchillo contra la garganta.

—Mira qué bien te tengo ahora para hacerte pagar por todas las que me llevas hechas con tu insistencia en jugar a los juegos de los hombres —dijo el del cuchillo.

Mauro pensó que en aquella situación era imprescindible mantener la calma. Cualquier cosa que pudiese poner nervioso a aquel tipo podía ser el motivo necesario para que se decidiera a clavarle el cuchillo hasta que le saliese por la nuca.

—Me tienes, me tienes —le dijo Mauro—. ¿Qué es lo que quieres?

—Primero, quiero ver cómo te cagas de miedo aquí, delante de mí, así cara a cara, no como tú que te escondes por detrás de los coches para hacerle desde lejos fotos a la gente sin que te puedan ver.

Esto fue suficiente para que Mauro recordase de quién se trataba. Aquel hombre era Xesús Soleira, ex empleado de un almacén de maquinaria agrícola. El dueño de la industria sospechaba que alguien le robaba mercancía y buscó la manera de investigar los robos.

Mauro entró a trabajar en el almacén y enseguida descubrió al ladrón, lo siguió un par de días y consiguió hacerle unas fotos cuando estaba vendiendo en una chatarrería unas piezas robadas en el almacén. Con sólo mostrárselas Soleira abandonó voluntariamente el trabajo dejando el finiquito para compensar los robos.

—Estaba haciendo mi trabajo. No las hagas, no las temas.

—Déjate de refranes que no estás en situación de filosofías baratas. Yo me quedé en la calle, pero tú ahora mismo no estás en mejor situación. Me las vas a pagar todas juntas porque te voy a rajar. Te presentaste como un compañero para que me confiase y resulta que trabajabas para el patrón. ¡Traidor!

Al pronunciar esta última palabra el hombre intentó pegar a Mauro en la cara con el antebrazo. El muchacho aprovechó este alejamiento del cuchillo para darle un fuerte golpe con la rodilla en la entrepierna. El individuo gritó al tiempo que se doblaba llevándose las manos a la parte

dolorida. Un derechazo a la cara lo tiró por el suelo del garaje hasta golpearse con un coche. El agresor cogió aire y se lanzó con el cuchillo por delante contra Mauro, que ya lo esperaba con todo el peso de su cuerpo apoyado en la pierna derecha. Cuando lo tuvo cerca, hizo un quiebro al cambiar el peso del cuerpo a la otra pierna mientras le lanzaba una patada a la mano en la que traía el cuchillo, que voló por el garaje para ir a estrellarse en el techo de un coche.

El tipo se repuso de la sorpresa y le dio al muchacho un zurdazo en el hígado, Mauro abrió la boca desmesuradamente al tiempo que caía para atrás. Soleira se abalanzó sobre él, pero ya lo esperaban las piernas flexionadas de Mauro, que lo lanzaron de nuevo por el aire hasta chocar con la espalda en el mismo coche de antes.

El dolor enfureció a Soleira, que salió lanzado contra Mauro como impulsado por un cohete. El vuelo fue tan largo, que cuando aterrizó ya lo hizo directamente sobre el cemento del suelo. Se dio la vuelta justo cuando ya venía por el aire la pierna de Mauro y el zapato impactó en la boca del hombre, que volvió a gritar. Se puso de pie con una rapidez impensable en quien acaba de recibir semejante patada y arremetió contra Mauro clavándole la cabeza en el estómago. La boca resultaba un agujero pequeño para atender las necesidades de aire que sintió el joven. Más que caer, se dejó ir para tener tiempo de recuperarse. Cuando estuvo en el suelo su mano derecha se encontró con una botella de cerveza vacía, que seguramente alguien había dejado allí después de echar agua al circuito de refrigeración del coche. Xesús Soleira ya venía corriendo hacia Mauro,

que se puso de pie como un relámpago y comenzó un giro hacia atrás, abriendo al mismo tiempo el brazo que blandía la botella que fue a dar en la boca del hombre. El alarido llenó el garaje entero. Soleira cayó escupiendo dientes y trozos de cristal y quedó en el suelo totalmente inmóvil.

El muchacho cogió aire de nuevo. Montó en su moto y salió del garaje acelerando fuertemente.

Cuando Mauro llegó a la agencia allí sólo estaba Micha, la mujer que hacía de secretaria del viejo, aunque en realidad no tenía una función definida, su trabajo consistía en hacer todo aquello que ni el viejo ni el propio Mauro hacían.

Estaba ordenando todos los papeles que habían ido quedando encima de las mesas a lo largo de la semana anterior, los que todos habían manejado con el acierto de dejarlos siempre fuera de su sitio, como para demostrarle al azar que no era capaz de acertar ni una sola vez.

—¡Jesús! ¿Pero a ti qué te ha pasado? —exclamó Micha asustada al ver cómo venía Mauro.

—Nada, no te apures que no ha sido nada. En este oficio siempre hay alguien que no queda satisfecho del trabajo, pero mi agresor está mucho peor —respondió entrando en el cuarto de baño para recomponer un poco su apariencia.

—¿Todavía no ha llegado el viejo? —preguntó al salir, ya restaurados casi por completo los desaliños de la pelea.

—No ha llegado. Pero cualquier día te va a poner en la calle de una patada en el culo como te escuche llamarle viejo. Ya sabes que no le gusta.

—Pues cuanto más tiempo pasa, más viejo se va haciendo, así que va a tener que ir acostumbrándose. Vamos a lo nuestro. El tío de marras no tiene ninguna querindanga, pasa las noches metido en un tugurio de mala muerte que hay en la carretera que sube al monte Dónigas, supongo que dándole al naipe porque no hubo forma de que los dos tíos que hay en la entrada, que son como dos armarios de cuatro puertas, tanto por el tamaño como por la incapacidad de utilizar el lenguaje oral, me dejasen meter las narices.

—Y me lo cuentas a mí en vez de contárselo a él, así cuando venga me dirá que redacte el informe con los datos que me des. ¿No tendrás también tú cierta incapacidad para el lenguaje escrito?

—No. Y te lo voy a demostrar haciendo un informe de gastos que te sorprenderá, por la ortografía y por la sintaxis, ya verás...

Mauro se sentó delante de la máquina de escribir y puso en ella un papel en blanco. Comenzó a teclear.

Así seguía cuando entró por la puerta Nacho; era el dueño de la agencia, un hombre de unos cuarenta y cinco años que de joven había sido muy popular en la ciudad por su presencia en todos los acontecimientos públicos, en los que siempre aparecía de tal guisa que habría de llamar la atención. Resultaban especialmente conocidos sus originales disfraces de Carnaval, época en la que recorría la ciudad entera sin hablar con nadie vistiendo trajes confeccionados con los más curiosos materiales: vitolas de puros, sellos de correos, cajas de cerillas, grelos, etc., sin que nunca en ningún momento fuese objeto de represión por parte de

nadie; era algo así como un componente arquitectónico de la ciudad que todos aceptaban.

Una gran parte de la popularidad de Nacho se debía a su peculiar cara, en la que destacaba la casi total ausencia de nariz, de ahí el apodo de Nacho por el que todos lo llamaban desde que comenzó a ser reconocido por la calle.

Inexplicablemente, y después de los más variados fracasos en los estudios de diversas profesiones y oficios, acabó haciéndose detective privado y, no contento con el desatino de que un personaje a quien conocía toda la ciudad se dedicase a la profesión para la que se supone que es más necesaria la discreción, alquiló un entresuelo y debajo de las ventanas hizo instalar un gran letrero que decía: DETECTIVES NACHO, cuando, aunque en la ciudad existen más personas con la nariz pequeña, Nacho sólo hay uno: Delfino Filgueira, que es su verdadero nombre.

Todas estas cosas no debían de tener ninguna importancia para Nacho, porque para cumplir con el papel que la nueva profesión le deparaba, adoptó la decisión de usar unas gafas de sol que nunca se quitaba y que, dado el problema que le causaba su escaso apéndice nasal para que se le aguantasen delante de los ojos, amarraba por detrás de la nuca con una goma elástica; así confiaba en pasar inadvertido.

Nacho pasó por delante de la mesa en la que escribía Mauro, seguido de la mujer, y sin pararse le dijo que, en cuanto acabara, quería hablar con él.

Cuando Micha regresó, entró Mauro en el despacho del viejo; éste peleaba por hacer casar las cantidades escritas en

una cinta de papel de la calculadora, con la lista de facturas que le iba a presentar a un cliente.

–Siéntate –dijo sin levantar la cabeza de los papeles.

Nacho comenzó a guardar los papeles dentro de la carpeta. La metió en un cajón de la mesa y miró al joven como si en aquel mismo momento se diese cuenta de su presencia.

–Ya me ha dicho Micha que el pollo ese pasa las noches metido en un antro en el que supones que hay buenas timbas. ¿Seguro que no tiene por ahí ningún lío como sospecha su mujer?

–Seguro que va allí todas las noches que no duerme en casa, no sé nada más.

–Está bien, dale a Micha todos los datos que no consten en el diario y que haga el informe. Ahora tengo dos asuntos para ti que puedes hacer simultáneamente o como te dé la gana, el caso es hacerlos bien y pronto.

–¿De qué se trata?

Nacho abrió un cajón de su mesa y sacó una carpeta marrón como la que acababa de guardar hacía un momento. La abrió y se la mostró a Mauro. Contenía la foto de una mujer como de unos treinta o treinta y cinco años, de pelo rubio y ojos oscuros. Cuando le hicieron el retrato sonreía con tristeza torciendo ligeramente la boca. En un formulario, que Nacho hacía de cada cliente, constaba que el marido se había presentado en la agencia pidiendo que la vigilaran porque desconfiaba de que le ponía los cuernos con alguien, ya que, desde hacía algún tiempo, la encontraba rara y esquiva –decía el formulario en el espacio reservado para observaciones del cliente–. Él pensaba que

se veía con alguien por Os Campóns, zona del ensanche de la ciudad en la que la especulación inmobiliaria había conseguido meter cincuenta mil cuerpos en el espacio donde no cabrían más de diez mil.

–Tres días –dijo Mauro guardándose la foto en el bolsillo y devolviéndole la carpeta al viejo–. ¿Qué otra cosa tienes?

–Se trata de unos cobros...

–Ya sabes que no me gustan esos trabajos.

–Hay diez mil duros extras para ti, además de tu parte de siempre.

–Veinte mil –presionó Mauro.

–Quince mil duros y no se hable más –regateó Nacho dándole al muchacho un montón de facturas–. Una madre muy amorosa que le compra al hijo todo cuanto se le antoja, ahí encontrarás un equipo de vídeo completo con cámaras de medio kilo, magnetoscopios, antorchas, un ordenador acompañado de no sé qué cacharrería; en total en un año, un millón setecientos ochenta mil pesetas. Si quieres los quince mil duros sácale millón y medio.

Mauro salió de la agencia, cogió la moto y se fue directamente a la cafetería donde desayunaba algunos de los raros días que iba a la agencia a primera hora de la mañana.

Al verlo llegar, el camarero le hizo un gesto con la mano dándole a entender que lo atendería inmediatamente. Cogió el periódico que estaba en la barra y se sentó en una mesa. Al mismo tiempo que llegaba el camarero con la taza de café y un plato con un bollo, un chaval como de unos quince o dieciséis años se acercó a la mesa en la que

estaba Mauro. Llevaba unos paquetes de pañuelos de papel en la mano. El recién llegado y el camarero se miraron con mutuo recelo, pero un gesto de Mauro frenó el impulso del camarero de echar fuera al joven, a la vez que le infundía a éste la confianza necesaria para ofrecer su mercancía al cliente. No le hizo falta decir ni una sola palabra para vender, porque Mauro se echó la mano al bolsillo y sacó una moneda que le ofreció diciendo:

–Dame un paquete, que creo que me acataré.

–Obrigado¹ –dijo el muchacho cogiendo el dinero. Dio media vuelta y salió del bar.

Después de desayunar, Mauro se fue a dar una vuelta en la moto por la ciudad. Para él conducir era un placer suficiente como para que todos los problemas desapareciesen de su horizonte. Se sentía seguro de sí mismo con sólo pasar la pierna derecha por encima de la máquina y sentarse en ella, entonces se producía la transformación que lo convertía en una parte del todo indivisible que formaban hombre y cabalgadura. Paseando en la moto era cuando veía las cosas claras. Así decidía la forma de acometer los trabajos que el viejo le encomendaba.

Se paró en un semáforo que estaba en rojo. Los pies apoyados en el suelo aguantaban la moto, los dedos golpeaban tamborileando sobre el depósito del combustible, y desde el paseo, mirando para él, estaba el chaval que ofrecía

1. En portugués en el original. Significa 'gracias'. (N. de la T.)

los pañuelos de papel. La bocina del automóvil que estaba parado detrás lo avisó de que el semáforo había cambiado a verde. Embrague, cambio y acelerador en la secuencia debida hicieron salir a la motocicleta, casi encabritándose, por entre los dos autos que lo precedían.

Poco después aparcaba entre dos coches. Ató el casco y de la pequeña maleta sacó una carpeta con unos papeles que fue colocando mientras entraba en un portal. En el ascensor pulsó el botón del séptimo piso. Mientras subía se puso unas gafas oscuras y dio vuelta a la cazadora que de ser azul pasó a ser a rayas blancas y azules.

Cuando se abrió la puerta a la que había llamado, una cadena de seguridad impedía que pudiese ver más allá del rostro de la mujer rubia de la fotografía que le había entregado Nacho. La mujer preguntó qué deseaba.

–Perdone, señora, ¿usted tiene máquina de coser?

–Tengo, tengo, muchas gracias –respondió la mujer cerrando la puerta con rapidez.

Instalado en la barra de un bar no perdió de vista el portal hasta que la mujer rubia salió. Entonces se colocó detrás de ella, observándola a una distancia que hiciese discreto el seguimiento. Por el informe previo que había leído en la agencia sabía que iría a pie puesto que no conducía.

La mujer miró dos o tres veces para atrás, pero Mauro tenía la seguridad de que no se había percatado de su presencia. De todas formas, cuando se dio cuenta del camino que seguiría la mujer para dirigirse a Os Campóns, regresó al lugar donde había dejado la moto.

Enseguida llegó al semáforo donde había visto al vendedor de pañuelos de papel. Aparcó y se dirigió al muchacho.

—¡Tío! —le gritó Mauro haciéndole un gesto para que se acercase.

Aquél se aproximó sin dar muestras de desconfianza, pero sin pronunciar ni una sola palabra.

—¿Quieres ganar un talego con poco trabajo?

—Usted dirá lo que tengo que hacer.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Henrique, señor.

—Mira Henrique, dentro de muy poco va a pasar por aquí esta tía —le explicó Mauro mostrándole la fotografía—. La sigues sin que se dé cuenta. Si entra en algún sitio, esperas hasta que salga. Y nada más. Hoy a las cinco volveré aquí, me cuentas todo cuanto hayas visto y el talego es para ti.

—De acuerdo, señor.

—Muy bien, me voy a poner allí enfrente, cuando la vea venir montaré en la moto y desde ese mismo momento la tía es toda tuya. Hasta luego.

—Hasta las cinco, señor.

—No me vuelvas a decir señor como si fueses mi criada —dijo separándose del muchacho.

Cuando vio venir de lejos a la rubia, esperó a que pasara por delante de él. Entonces se montó en la moto y arrancó.

Media hora después entraba en el aparcamiento de unos grandes almacenes. Subió a la planta de deportes. Anduvo

un poco por allí, curioseando como un cliente cualquiera hasta que, en el momento en que le pareció oportuno, se acercó a una dependienta que estaba a sus espaldas.

—¡Inés! —dijo detrás de una muchacha de cabello castaño.

La dependienta se dio la vuelta y se encaró con Mauro. Tendría unos diecisiete o dieciocho años. Clavó sus ojos verdes en los de Mauro y apretó con fuerza los dientes. Los músculos de la mandíbula se le tensaron en un gesto de cierta dureza.

—¡Mauro! —exclamó seria—. Ya te he dicho que no vengas aquí. Me vas a meter en un lío.

—Trátame como a un cliente. Véndeme algo.

—Déjate de coñas, si el jefe de planta me ve hablando contigo me monta un cirio de mucho cuidado.

—Enséñame un mono de motociclista mientras hablamos.

Mauro buscó con la vista el lugar en el que estaban los artículos que acababa de nombrar. Los localizó y comenzó a andar hacia ellos. Inés fue detrás de él y cuando se pararon simuló que le mostraba alguna cosa.

—¿Por qué no has venido en todos estos días? —le preguntó Mauro.

—Eso lo sabes perfectamente. Ya sabes que quiero dejar pasar un tiempo para pensar en ciertas cosas.

—¿Qué cosas tienes que pensar? —inquirió el joven.

—Mira Mauro, tú vas de duro por la vida, allá tú. Pero si piensas que no tienes más que silbar y que Inés va a correr detrás de ti como una perrita faldera, estás equivocado.

—Ya veo, entonces ahora estás pensando a ver si te acostumbras a estar sin mí. Si es así, adiós que te vaya bien, Mauro —dijo Mauro levantando la voz.

—No grites.

—No grito. Lo que pasa es que me fastidia que desaparezcas sin decir nada. Supongo que todo se puede hablar, porque puede suceder que yo ya tenga las cosas pensadas y que no me acostumbre a estar sin ti.

—El encargado ya nos está mirando.

—No se te ocurra faltar... —el joven paró un momento de hablar para cambiar de tono—. Quiero decir que no faltes.

Inés lo acompañó hasta una caja donde intercambió una mirada con la muchacha que estaba allí y dio media vuelta para dirigirse a los clientes que tenía más cerca.

Cuando Mauro entró en el bar de Eusebio, había pocos parroquianos en él. Estaba situado en una de las estrechas calles que bajan al puerto y era una taberna de mala muerte de reducidísimas dimensiones a la que le habían puesto en la puerta un rimbombante letrero que decía: CAFETERÍA ESMERALDA DOS MARES, pero que no debía engañar a nadie, porque sólo la llamaban así en las cartas que le enviaban a Eusebio de Hacienda o del Ayuntamiento; el resto de la gente siempre le había llamado el bar de Eusebio y raro era el personal que entraba en él que no se tutease con el viejo Eusebio. Funcionaba como un club privado inglés, pero en cutre, porque quienes no eran clientes siempre acudían acompañados de un veterano que los presentase y

avalase, de lo contrario corrían el riesgo de paralizar todas las conversaciones y concentrar sobre sí mismos la curiosidad de los socios de tan particular club.

Eusebio había sido marinero hasta los catorce años cuando un accidente a bordo le mutiló la mano derecha. Incapacitado para volver a navegar, Esmeralda, viuda de su padrino y conocida como **Esmeralda dos Mariñeiros**, lo recogió de ayudante en el bar. Con la muerte de la pendanga pasó a ser el dueño de la Esmeralda dos Mares. Ahora su bar era un lugar de reunión de una clientela fija que se turnaba rigurosamente en las estancias a causa de la inelasticidad del local.

Mauro se sentó encima de una de las dos únicas mesas que había y Eusebio le puso en el mostrador una jarra de cerveza.

—Hazme un bocata grande de pulpo —le pidió.

Mientras esperaba por lo que sería su comida, entró en el bar un chaval cojo de no más de quince años que se sentó a su lado.

—¡Hola colega! —dijo el recién llegado.

—¡Qué tal, Lurpio! ¿Qué traes?

—Tengo un pequeño televisor en color que para ti va que ni pintado.

—Ya me has pasado uno que cualquier día te lo pondré de sombrero.

—¿Qué le pasa?

—Pasa que si está encendido y se me ocurre tocar los mandos, me larga cada calambrazo que un día me voy a quedar pegado a él.

—Por diez talegos te lo cambio por éste —le dijo el cojo.

–Ni tengo los diez talegos, ni quiero más televisores.

–¿Y un vídeo?

–Puedes dar el mobiliario de mi casa por completado, así que toma una cerveza y no te esfuerces más.

–No es una cerveza lo que necesito ahora, pero te la voy a aceptar porque estoy sin un duro.

–¿Cuánto te falta? –le preguntó Mauro.

–En pasta casi todo, sólo tengo un talego. En tiempo puedo tirar bien hasta media tarde.

Mauro se echó la mano al bolsillo, sacó dos billetes de mil pesetas y le entregó uno al muchacho.

–Toma, yo también estoy casi limpio.

–Gracias colega –dijo Lurpio pillando la cerveza que le acababa de servir Eusebio y bebiendo un trago.

–¿Tienes algo que hacer alrededor de las cinco? –le preguntó Mauro.

–Lo mismo que haré a las cuatro y media y a las cinco y media, buscarme la vida.

–¿Por qué no me haces un favor?

–Venga, hecho.

–Te vas al cruce de la Ronda Vella con Ramón Leboiro, allí hay un chaval ofreciendo pañuelos de papel a los automovilistas, se llama Henrique, le dices que no puedo ir a la hora que quedamos, que esté allí hoy a las diez. Ninguna otra palabra y ninguna otra pregunta, que te conozco, Lurpio.

–Tranqui, colega, tranqui...

Mauro terminó su comida y se dispuso a salir. Como ocurría siempre, Eusebio le preguntó si no iba a tomar café y, al igual que la mayoría de los clientes, Mauro rechazó

el ofrecimiento de tomar el aguachirle que Eusebio hacía con una absoluta ausencia de habilidad. No quería reconocer que era imbebible para cualquiera que conservara una mínima sensibilidad en las papilas gustativas.

Mientras tomaba café en una cafetería del centro de la ciudad, fue mirando una por una las facturas que le había dado Nacho. Le daba asco hacer aquellos trabajos. Incluso otras agencias no los querían, pero Delfino Filgueira aceptaba todo aquello a lo que se le podía ganar un duro. Para Mauro estos trabajos siempre suponían unos ingresos algo más sustanciosos y le permitían pagar puntualmente el alquiler del piso y las letras de la moto, las dos cosas en las que Mauro basaba la dignidad de la vida.

Si los datos que Nacho le había dado no eran falsos, a pesar de la gran cuantía de la deuda, la cosa no parecía difícil. Seguramente había varias maneras de hacer pagar a una madre tan amorosa.

Se presentó en el domicilio indicado y le abrió la puerta quien él supuso inmediatamente que sería la misma indvidua en cuestión. Era una mujer de mediana edad, con propensión a engordar y los cabellos teñidos de un rubio intenso. De todas formas era una mujer atractiva.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —respondió la mujer al saludo mientras sus manos aguantaban la puerta con fuerza.

—Quería hablar con usted de un asunto sumamente delicado y pienso que éste no es el lugar más apropiado si no desea que los vecinos se enteren.

—Sea lo que sea, dígamelo aquí si quiere y si no váyase, ¿no pretenderá que le permita entrar en mi casa sin más?

–Usted manda, pero se trata de ciertos impagos que usted tiene con Electrónica Méndez...

La mujer palideció ligeramente y cortó el discurso de Mauro abriendo la puerta por completo.

–Pase, haga el favor. Hablaremos mejor dentro –dijo al mismo tiempo que franqueaba el paso al visitante.

Cuando Mauro estuvo en el interior, la mujer cerró la puerta y comenzó a andar delante de él, en un gesto de indicarle el camino al joven. Balanceaba ligeramente las caderas al caminar y sus piernas bien hechas confirmaron que era una mujer que siempre había tenido y que todavía conservaba un indudable atractivo.

Entraron en un salón cuidadosamente amueblado y la mujer lo atravesó para ir a sentarse en un sofá que había delante de la ventana. Con las rodillas firmemente apretadas y la cabeza alta, miró fijamente a los ojos del muchacho como para demostrarle que ya había recuperado de nuevo la seguridad en sí misma. Estaba dispuesta a pelear.

–Siéntese, haga el favor –dijo indicándole a Mauro una butaca que había enfrente del sofá que ella ocupaba–. ¿Pertenece usted a Electrónica Méndez?

–No. Pertenezco a Detectives Nacho a quien Electrónica Méndez le ha encargado el cobro de estas facturas en primera instancia –esta jerga de referencias judiciales siempre impresionaba mucho.

–Ya, uno de éstos. O sea que si no pago usted me pegará –hablaba con dureza sin mostrar nerviosismo.

–Escuche, señora, comencemos por donde debemos comenzar, que será mejor para todos. Deje usted ese aire de duquesa ofendida por un vasallo, que la situación no va

por ahí. A mí me da igual que usted pague a Electrónica Méndez o que le meta un pufo de cien millones. Por mí se pueden matar entre los que compran y no pagan y los que meten las cosas por los ojos a la gente y después quieren cobrarlas por cualquier método. Pero yo ahora tengo como misión llevarle a Electrónica Méndez el dinero que usted no le entregó cuando debía.

–Pero es que ahora no puedo pagar ese dinero... –dijo la mujer en un tono ya más suplicante que encendió en el pensamiento de Mauro un letrero que decía: «Tocada».

–Pues devuélvalas la mercancía y todos tan contentos.

–Precisamente por no poderles devolver la mercancía es por lo que no puedo pagar...

–A ver, a ver... Explíquese algo mejor, que tengo la tarde entera para este asunto –le pidió Mauro recostándose en la butaca.

–Tengo un hijo que será poco más o menos de su edad, tiene veinte años.

Mauro nunca hablaba de su edad, por lo que dejó que continuase mientras él permanecía en silencio.

–El pobre tiene mala suerte y le sale mal todo cuanto emprende –prosiguió la mujer–. Es un muchacho de una sensibilidad especial para las artes y por ahí es por donde busca su camino una y otra vez. Hace dos años puso con otro amigo un estudio de diseño industrial, pero le fue mal y tuvo que cerrarlo. El padre quiso llevárselo a trabajar a la fábrica de ladrillos en la que es encargado, pero mi hijo no ha nacido para estar en medio de ladrillos. Cuando hace un año mi marido tuvo que marcharse para poner en marcha

otra fábrica, mi Alberto dijo que si tuviera dinero pondría un estudio de vídeo y haría trabajos de promoción para empresas. Su padre dijo que de ninguna manera le daría una peseta más para montar nada, que tenía la oportunidad de poder trabajar en la fábrica de ladrillos y que en los tiempos que corren eso era un lujo, que si quería montar más negocios que se agarrase al trabajo y que ahorrara, después con su dinero que hiciera lo que le diese la gana. El caso es que yo compré todo cuanto necesitaba para poner el estudio, alquilamos un local céntrico y cuando comenzase a irle algo bien, ya no habría problema para decírselo a su padre, porque con el dinero que ganara le devolvería hasta la última peseta. Pero el muchacho empezó a andar con malas compañías que lo engañaron, mi tesoro, es tan bueno que cualquiera lo lleva por donde quiere...

La mujer comenzaba a hipar y a respirar por la nariz con fuerza y haciendo ruido.

—No me diga más —la interrumpió Mauro—, de todo cuanto le compró en ese momento ya no hay ni los embalajes.

—Lo engañaron. Lo engañaron miserablemente gentes sin conciencia. Otros que tienen más mundo que él. Yo no puedo pagar tanto dinero sin que mi marido se entere.

—Es cierto que un millón ochocientas mil pesetas es mucho dinero, pero no es menos cierto que Electrónica Méndez no tiene la más mínima intención de perderlo.

—Y si no puedo pagarlo, ¿qué me van a hacer? ¿Matar-me?

—No, matarla no, porque los muertos no pagan y ellos lo que quieren es cobrar.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo la mujer que volvía a recuperar su seguridad característica, lo que hizo comprender a Mauro la necesidad de atacar para que se ablandase un poco.

—Mire, señora...

—No me trate de señora, que aún no soy tan vieja. Me llamo Pilar —ahora intentaba ganar la simpatía del muchacho.

—Sé muy bien que se llama Pilar, su nombre está escrito en todas las facturas bien clarito. Lo que quiero es explicarle con claridad lo que puede suceder en este asunto. En principio ya ve que vengo a intentar convencerla de que pague por las buenas y por eso escucho todas estas cosas que me está contando. En el caso de que yo fracase, Electrónica Méndez puede hacer dos cosas: una es tratar de encontrar a su marido e instarlo a que pague él; la otra es llamar a un par de karatekas que tienen a mano para estos casos y mandarles que busquen a su hijo. Si lo encuentran, que lo encontrarán, se lo van a devolver con la cara medio borrada...

La mujer puso una mano delante de la boca y así ahogó un grito que comenzaba a escaparle de la garganta, pero los ojos desmesuradamente abiertos fueron más que un grito. Entonces Mauro supo que la mujer pagaría.

—¿Qué puedo hacer? —suplicó Pilar—. Estoy dispuesta a hacer lo que usted me diga, lo que usted quiera de mí, no tiene más que decírmelo con tal de que me ayude a solucionar el problema —añadió insinuante.

Mauro se rió de semejante ofrecimiento.

—Lo que tiene que hacer no es lo que yo quiera, sino lo que ellos quieren que haga, que pague.

—Pero no tengo ese dinero disponible... Mi marido se daría cuenta nada más llegar y ver el balance del banco. Por favor, ayúdeme, pero a mi hijo que no le peguen, es un joven tan débil, seguramente se moriría —lloriqueaba la mujer.

—Vamos a ver —dijo el muchacho sintiéndose totalmente dueño de la situación—, Electrónica Méndez dice conformarse con millón y medio, pero estoy seguro de que si les llego con un millón trescientas mil, lo coge sin rechistar y se olvidan para siempre de Pilar y de su débil hijo.

—Es que tampoco tengo esa cantidad disponible.

—Pues usted verá lo que más le conviene, porque a mí ya se me está haciendo larga de más esta conversación.

La mujer quedó pensativa y Mauro se puso de pie. No pensaba marcharse, pero pensaba que Pilar necesitaba un pequeño empujón para que encontrase la solución definitiva. Y así fue.

—Espere un momento —dijo agarrando al muchacho por un brazo—. ¿Y si le entrego esa cantidad en joyas? ¿Valdría así?

Mauro movió la cabeza negativamente.

—Dinero. Sólo admiten dinero.

—Ya sé —dijo resuelta estirando su cuerpo en el asiento—. ¿Por qué no va usted a empeñar las joyas por mí?

Mauro sonrió al darse cuenta de adónde lo pretendía llevar aquella madre tan amorosa de su hijo y tan temerosa de su marido.

—Usted está decidida a que yo me meta en la misma mierda en la que está prisionera. Primero se me ofrece a ver si acepto en especies lo que Electrónica Méndez quiere

cobrar en dinero y ahora pretende que vaya a empeñar sus joyas para que, después, cuando su marido llegue, ir de ganchete a denunciar el robo, con lo que ya tengo el follón montado. Pues mire lo que vamos a hacer, vaya a buscar esas joyas y veamos cuánto pueden valer empeñadas.

Pilar notó por primera vez en la tarde que su cuerpo era demasiado pesado cuando los ánimos menguaban. Con cierto esfuerzo, se puso de pie y salió del salón. Tardó varios minutos en volver con un pequeño cofre en las manos y un sobre encima de él. Depositó todo en la mesita baja que había delante del sofá, la rodeó y se sentó.

—En este sobre hay trescientas mil pesetas que tengo hoy en casa. Estas joyas son todo cuanto tengo que pueda empeñar, puede estar seguro de que valen más de dos millones de pesetas —explicó al abrir el pequeño cofre.

Mauro le echó un vistazo por encima, no entendía absolutamente nada de joyas.

—Muy bien, pues métalas todas en una bolsa y vayamos a donde se las pagarán mejor, dentro de lo que cabe, de como acostumbran a pagar estas cosas.

—¿Y cómo sé que usted no está conchabado con alguien para estafarme?

—Ya me estoy cansando de todo este asunto, señora. He tratado de decirle las cosas como son, si quiere confiar en mí, vamos allá, si no quiere ahí se queda con sus joyas, con su hijito y con sus deudas.

—Está bien, está bien. Vamos allá.

Mauro acompañó a la mujer a la puerta del local donde Delgado, el joyero, tenía su negocio de compra de oro y joyas a gente en apuros. Cuando ella entró en el portal el

muchacho dio media vuelta y se fue a esperar en un bar que había enfrente.

La mujer tardó más de media hora en salir del local y se dirigió al bar donde la esperaba Mauro. Cuando la vio venir, fue a la barra y marcó un número en el teléfono.

—¿Delgado? —preguntó por el aparato—. Soy Mauro, el auxiliar de Nacho. La operación que acabas de hacer con una tía que acaba de salir, ¿es legal? ¿Seguro? Muy bien. ¿Cuánto? Vale. ¿Al portador? Gracias, tío.

Colgó para dirigirse de nuevo a la mesa, en el mismo momento en que la mujer se disponía a sentarse. Pilar estaba silenciosa y pensativa. Le entregó a Mauro un talón y un sobre. El joven contó los billetes, metió el talón en el sobre y guardó todo en el bolsillo interior de su cazadora. A continuación escribió en cada factura «recibí» y las firmó una por una. Se las entregó a la mujer y salió del bar sin volver la cabeza, con lo que no llegó a contemplar cómo ésta, cogiéndose la cabeza entre las dos manos, rompía en sollozos.

—¿Le pasa algo, señora? —le preguntó el camarero que retiraba el servicio que había usado el muchacho.

—No. Gracias, no me pasa nada.

Se levantó de la silla y salió fuera del bar.